

R.A.P: rimas, aguante parlache.

Medellín, 2022.

Viernes en la noche. Viernes en la noche en *Medallo*, que es distinto. La ligereza del viento de finales de abril, botellas de cerveza en el suelo, una plazoleta llena, tatuajes, piercings, pañoletas y peinados extraños en la Nueva Villa del Aburrá, a tres cuadras de la estación “La Palma” del metrolús, que a las 7:30pm, lleva el rostro de un obrero cansado, unas manos ajadas, la esperanza de llegar a casa y la batalla que se libra entre el sueño y el hambre.

Lejos del frenesí que conlleva la cotidianidad en una ciudad como Medellín, el ruido acompaña la velada, muchas veces sofisticada, de los asistentes a la *Villa*. Los *gringos* allí, son unos *paisas* más. Los desconocidos se vuelven cercanos. Los *parceros* se vuelven amantes. Las calles se inundan de historias que acompañan la noche, de voces ininteligibles, parlache y rimas.

¿El mejor amigo de la velada? El humo. Humo con olor a cereza, menta o mora azul y anís. Humo que hace reír, vuelve los ojos pequeños y rojos. Humo de todos los estratos socioeconómicos. Humo barato y caro. Humo que se vuelve paisaje.

8:30 pm, empiezan a llegar los participantes y espectadores. La invitación es una pista de *hip-hop* que estalla, boom bap, boom bap. Los competidores entrenan con sus contrincantes en los intermedios. La música sirve de amuleto. La cerveza otorga el vigor y la *bareta*, el estilo. El maestro de ceremonias (*mc*) recuerda a los que estuvieron antes y ahora están en las grandes ligas. Gallos de batalla que pelean como verdaderos animales. El premio de hoy, 200 mil pesos y una pizza.

Los espacios callejeros, entre árboles y pavimento ven nacer verdaderas estrellas. Son cunas de sueños, de expresión política, de rimas con coherencia y conciencia. De hombres y mujeres que narran la experiencia de vivir en el caos, en su propia jerga, en parlache. En *nea*, *parcero*, *cucha*, *tombos* y *pirobo*. En 2538 piezas léxicas registradas hasta el momento.

El silencio en el intermedio.

El anfitrión oficial de la batalla, un hombre con rastas largas, barba definida, tez morena y una voz fuerte y áspera, narra el evento:

- Hey *parceros*, recuerden que son tres entradas, 4x4, totalmente libre, como es la entrada cada 8 días para venir a ver estos shows acá en la Villa, ¡libre! ¿Y cómo es que se siente el *freestyle*? ¡Con la mano arriba para que se sientan libres!

“*Se la damos en 3, 2, 1*” la cuenta regresiva que marca el comienzo de una nueva batalla. Dos contrincantes se enfrentan bajo una temática que puede ser libre, o escogida previamente por los jueces. Las manos en el aire, como marcando un ritual, se mueven al compás de la música al unísono. Las sonrisas sinceras, los abucheos o cuando son participantes de calidad, el silencio en el intermedio.

El ambiente se pone tenso. El *ring* donde se sitúan los *gallos*, es un círculo hecho por personas de todos los lugares de la ciudad. Dentro del mismo, ya no son amigos, pero al finalizar cada encuentro, su forma de mostrar respeto es a través de un choque de manos y en ocasiones un abrazo, seguido siempre de “*todo bien, parceros*”.

Para Sebastián, un joven asistente al evento, fanático de la cultura del rap y participante, el *freestyle* es una cuestión de respeto, de *finura*. De batallar con coherencia. “Obviamente la otra persona sabe que cuando acabe, nos damos la mano y todo bien. Así uno se tire muy duro, uno siempre al final, la mano, un abracito. El respeto siempre por delante”.

“Ojo nea, no me mire mucho que me ojea”

Algunos con tatuajes, rostros altaneros, voces potentes y el infaltable *siete*. Otros con lentes, cabellos de colores y prendas casuales. Los rostros son juveniles, el acné de plena juventud sale a relucir, las manos de algunos, están marcadas por heridas de resistencia a las caídas en sus *skates*. Las palabras se alargan, las risas son honestas, los ojos están entreabiertos y pequeños, los zapatos y las gorras son nike, rebuscados en el centro por los *cuchos* que sudan las soluciones para sus hijos.

En la variedad está el placer, eso lo saben las *neas* que usan la estética como un arma de resistencia para decir: no se hagan los que no nos ven. Son presas de los andenes, del *freestyle* improvisado en escaleras por *Las Violetas*, *Manrique*, *Aranjuez* o *Robledo*, de su forma de contar la vida. *Hijos de los callejones*, de una ciudad hecha verbo en los 80's, donde las *pintas* segregaban y la violencia recrudecía.

La eterna primavera: donde sobran cartuchos y gladiolo

La historia de Medellín muestra el contraste de una violencia marcada que surge en los barrios segregados de la ciudad y la necesidad de transgredir esa cultura que empezaba a ser parte esencial del territorio. Para autores como Ricardo Aricapa, el contexto de un sur privilegiado y un norte asediado por cruentos encuentros diarios, fueron la cuna perfecta para la proliferación de una modificación del castellano en palabras zarandeadas, moldeadas, transformadas y acomodadas al antojo de los sujetos barriales. Del parlache.

Poco distinto a los inicios del rap que, en un contexto similar, en Medellín empieza a ser un elemento ideal para resistir. Las pistas de música, la clandestinidad, la persecución, la necesidad de no entrar en las dinámicas de una ciudad en plena crisis social. De una ciudad camaleónica, con cara de sospecha. En eventos de este calibre, empieza a ser recurrente el uso del lenguaje de la antisociedad, donde se encuentra la forma de entender a esas personas (Gaviria, 2022).

En el freestyle hoy en día, es más que recurrente el uso del parlache. Tanto en los espacios previos a los eventos, como en las batallas mismas: no hay una domesticación del lenguaje, simplemente, *esquineros ilustrados* (Mesa, 2019), que usan la expresión salvaje o el arte de narrar a Medellín desde la irreverencia, con experiencias aprendidas desde su propia piel, que impregnan la esencia de lo que, bajo una pista cuentan a su contrincante. Hoy las *neas*, son conscientes de que en la eterna primavera sobra cartucho y gladiolo, pero también rimas, aguante y parlache.

Leidy Zapata Gallego,

Soraya Rentería Rentería,

Laura Gómez Ospina.